



DÍA DEL SEMINARIO 2010

El sacerdote, testigo
de la misericordia de Dios

MOTIVACIÓN GENERAL

MISERICORDIA DE DIOS EN
EL CAMINO VOCACIONAL

El lema que titula la celebración del Día del Seminario para este año, «El sacerdote, testigo de la misericordia de Dios», también debe ayudarnos a tomar conciencia de aquellos rasgos que son propios de los sacerdotes y que han de ser los que un joven seminarista desee y anhele para su futuro comportamiento pastoral en la Iglesia y en la sociedad.

El tema de la misericordia vivida y testimoniada por el sacerdote se centra en una dimensión primordial y capital de su vocación concreta: la relación con Cristo pastor misericordioso. También esta relación debe ir creciendo gradual y paulatinamente durante los años de formación en el seminario.

Actualmente, seminaristas y sacerdotes son un haz de relaciones que modelan su forma de ser y espiritualidad. Llamados a la triple condición teológica (servidores de la Palabra, de la liturgia y de la comunidad), igualmente su formación reclama actitudes personales y espirituales coherentes con estas funciones que se darán en su ministerio. Por tanto, es el seminario el lugar más propio y único para iniciar a los candidatos al sacerdocio en las virtudes sacerdotales: la fe, la esperanza, la caridad pastoral, la vida orante, el celibato, la pobreza, la disponibilidad obediente, la formación teológica, la fraternidad presbiteral... ¡y las actitudes de misericordia!

Ante un panorama tan amplio, vamos a fijarnos en el tema de la misericordia como trabajo propio para esta campaña o jornada anual del Día del Seminario.



La teología del ministerio sacerdotal, basada en la Escritura y en la Tradición de la Iglesia, ha acuñado una fórmula que expresa fielmente la identidad del sacerdote: es signo sacramental de Cristo pastor¹. Esto significa que hay rasgos y actitudes que no pueden faltar en la vida de los pastores. De entre todos, el rasgo básico, primordial y de identificación vital del sacerdote con Cristo es su amor identificativo; esto es, encarna en sí las actitudes, acciones, comportamientos y sentimientos de Cristo.

Bajo la cobertura de este rasgo general, reflexionaremos acerca de la misericordia por medio de la cual el presbítero realiza su condición de ser signo sacramental de Cristo pastor.

I. TESTIMONIO DE LA MISERICORDIA

¿Qué es la misericordia?

Hagamos un ejercicio escolar, irnos directamente a los diccionarios de uso más frecuente y encontraremos varias acepciones de esta virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los trabajos y miserias ajenos. Igualmente se identifica la misericordia con esa porción pequeña de alguna cosa que se da en concepto de limosna. O bien es un sentimiento interior de compasión y piedad ante las desgracias ajenas que mueve a socorrer a quienes las padecen.

Llama la atención que en estas mismas obras de consulta aparezca un significado a nivel religioso o teológico, designando la misericordia como un atributo propio de Dios en cuya virtud perdona los pecados y miserias de sus criaturas.

Digamos lo mismo pero con palabras más nuestras. La misericordia es una modalidad del amor. Es el amor que se encuentra con la miseria del otro, de la persona querida. Cuando el amor se encuentra con la miseria de la persona querida, se transforma y adquiere la modalidad de la misericordia. En los sacerdotes, la misericordia es una cualidad del amor pastoral, quizá la más acentuada por los textos bíblicos, como más tarde veremos.

¿Cómo podríamos describir esta misericordia? Como esa capacidad de dejarnos afectar y movilizar por el sufrimiento, la pobreza, la miseria moral y espiritual, el pecado de los demás, las injusticias sociales. La misericordia es el rasgo esencial de Cristo pastor. Él tuvo una intención básica en su vida: que sus gestos y pala-

1 Léanse los números siguientes de los documentos magisteriales: *Lumen gentium*, 28; *Presbyterorum ordinis*, 12; *Pastores dabo vobis*, 21-23.



bras reflejaran el modo de amar de Dios, que el Evangelio lo identifica como la perfección: sed perfectos (misericordiosos) como vuestro Padre celestial es perfecto (misericordioso)². Jesús mismo fue ya el primer testigo de la misericordia de Dios, como lo han de ser sus sacerdotes.

Un paseo por la Escritura

El origen y el fundamento último están en el amor a Dios y al prójimo. He aquí una máxima «fundacional». Los seminaristas y presbíteros encuentran en los textos bíblicos infinidad de afirmaciones y actitudes de misericordia de Dios. Todas las creaturas son fruto del amor de Dios³. Vamos ahora a recorrer algunos pasajes de la Sagrada Escritura en donde más se evidencia este atributo de Dios. Ellos deberían ser objeto de nuestra exégesis, de nuestra espiritualidad, de nuestra oración meditativa.

Las páginas del Antiguo Testamento están llenas de afirmaciones y actitudes de misericordia de Dios. Pero quizá donde es más peculiar y recobra mayor importancia esta misericordia que Dios mismo ofrece es en los personajes del pueblo de Israel, y sobre todo con el pueblo mismo. Vayamos por partes:

En los orígenes mismos de la humanidad, cometido el pecado por Adán y Eva, Dios no los abandona a su suerte, sino que les promete recobrar la felicidad que acaban de perder con su pecado.

Éxodo 3, 7-10: Dios tuvo misericordia con los israelitas cautivos en Egipto, eligiendo a Moisés para que los liberase de su cautividad y los condujese a la tierra prometida. Seguidamente, la experiencia del pueblo por el desierto nos hace tomar nota de la misericordia que Dios ejerce ante las infidelidades del propio pueblo⁴.

La época de los jueces se caracteriza por los binomios pecado-castigo, arrepentimiento-perdón. Humillados los israelitas por los pueblos vecinos a causa de sus pecados, Dios les envía jueces-salvadores, tan pronto como clamaban misericordia, que los liberaban, de modo que pudiesen continuar seguros en la tierra prometida.

Los profetas son testigos de la misericordia continua de Dios con su pueblo. Fijémonos, por ejemplo, en Oseas, profeta declarante del amor singular de Dios con Israel, a pesar de la infidelidad del pueblo. El profeta utiliza la imagen del adulterio y transmite a los israelitas las siguientes palabras de Dios: «Te desposa-

² Mt 5, 48; Lc 6, 36.

³ Salmo 32, 5.

⁴ Ex 20, 6.



ré conmigo en justicia y derecho, en amor fiel y compasión»⁵. El pueblo seguía apostatando una y otra vez, mereciéndose la destrucción, pero es Dios quien exclama: «Mi corazón se revuelve dentro de mí y al mismo tiempo se conmueven mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera... porque soy Dios, no hombre; el Santo en medio de ti»⁶. Por la experiencia del profeta, podemos contemplar cómo Dios manifiesta su santidad con la misericordia. Isaías⁷ y Jeremías⁸ hablan igualmente de la misericordia de Dios para con su pueblo, dado que Él es siempre grande en perdonar.

A pesar de la predicación de los profetas, los israelitas repitieron sus infidelidades, por lo que tuvieron que ser llevados al destierro babilónico. También allí Dios tuvo misericordia de ellos; por medio de Ciro⁹, los devolvió a su patria pudiendo continuar la historia del pueblo de Dios. Los salmos cantan repetidamente esta misericordia eterna ante las grandes obras de la creación y la providencia misericordiosa de Dios¹⁰, acción que el pecador siempre obtendrá y esperará¹¹.

Al final, la misericordia reflejada en el Antiguo Testamento desemboca en el Nuevo Testamento por medio del amor más sorprendente y maravilloso: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito»¹². «Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos por nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo; hemos sido salvados gratuitamente»¹³.

Jesús, manifestación de la misericordia de Dios

La manifestación suprema de la misericordia de Dios con los hombres arranca en los relatos del Evangelio de la Infancia. La encarnación del hijo de Dios en las entrañas de María atestigua cómo la misericordia prometida por Dios llega a su plenitud. El canto del Magnificat celebra el poder del Dios santo que se manifiesta en su misericordia con los que le temen y el Benedictus es un canto a esa misericordia prometida a los padres que tendrá su manifestación esplendorosa con la venida del Mesías¹⁴. Será Cristo mismo quien, en su ministerio, hable y

5 Os 2, 21.

6 Os 11, 7-9.

7 Is 55, 7.

8 Jr 3, 12.

9 Is 45, 1.

10 Sal 135; 99, 5.

11 Sal 50.

12 Jn 3, 16.

13 Ef 2, 4s.

14 Núm 24, 17; Mal 3, 20; Is 60, 1; Lc 1, 58.78.



confirme esta misericordia divina por medio de sus enseñanzas, parábolas y actitudes. Fijémonos en algunos aspectos.

Hay en la predicación de Jesús una serie de enseñanzas, a modo de sentencias, algunas de ellas tajantes y lapidarias, con las que instruye y exige la misericordia a sus discípulos:

- «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»¹⁵.
- «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso»¹⁶.
- «Misericordia quiero y no sacrificios»¹⁷.
- «Lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe»¹⁸.

Pero el procedimiento literario más utilizado por Jesús para ilustrar sus enseñanzas acerca de la misericordia son las parábolas; el que más lo desarrolla es el evangelio según Lucas, debido a que es uno de los temas más característicos de su escrito neotestamentario, a diferencia de las «parábolas del Reino» de san Mateo. Ya el título de cada una de estas composiciones literarias nos hace caer en la cuenta de cómo el amor misericordioso de Dios Padre desborda toda imaginación y contiene un valor universal. Recordemos:

- Parábola del Hijo pródigo¹⁹, también llamada «parábola del Padre misericordioso».
- Parábola del buen samaritano²⁰.
- La parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro²¹.
- La parábola del siervo sin entrañas²².
- Parábola del juicio final²³.

En los relatos evangélicos aparecen varias clases de personas que precisaban de una actitud misericordiosa de Jesús, de orden espiritual o de orden humano. Podríamos agrupar estos tipos de personas en los pecadores, los enfermos y los afli-

15 Mt 5, 7.

16 Lc 6, 36.

17 Mt 9, 13; 12, 7.

18 Mt 23, 23.

19 Lc 15.

20 Lc 10, 29-37.

21 Lc 16, 19-30.

22 Mt 18, 23-25.

23 Mt 25, 31-46.



gidos. Basta con leer cualquiera de los cuatro evangelios para ir descubriendo las actitudes de Cristo con estas personas, así como con las turbas que le siguen, porque están como ovejas sin pastor y porque habiéndole seguido durante tres días ya no tenían qué comer y podían desfallecer en el camino de retorno a casa; entonces, les imparte su enseñanza²⁴ y les proporciona alimento multiplicando los panes y los peces²⁵. Significativo es también el que, ante el ofrecimiento del curado endemoniado de Gerasa a seguirle, le responde: «Vete a tu casa con los tuyos y refiéreles lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti»²⁶.

La verdad de Dios: amor misericordioso

La Iglesia ha recogido la herencia y el mandato que el Señor Jesús dio a sus discípulos y seguidores, especialmente a los ministros ordenados: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio»²⁷. El anuncio de la verdad de Dios constituye la suprema noticia posible para los hombres: la reconciliación de la humanidad con Dios. En el acontecimiento Cristo, culminado en su misterio pascual, se ha producido la reconciliación del mundo. En esta verdad esté dicho el cristianismo entero y todo lo que la Iglesia vive, celebra y anuncia.

A partir del evento reconciliador, Dios se revela como amor misericordioso²⁸ y el cristianismo anuncia la autocomunicación de Dios al hombre como su salvación, pues «Dios quiere que todos los hombres se salven»²⁹. Su amor no es una afirmación teórica, ni un sentimiento vago y etéreo, no una simple promesa de futuro, sino más bien una persona, el Espíritu, y un hecho y una realidad histórica.

Esta iniciativa divina es una demostración inequívoca de su misericordia para cada uno de nosotros, débiles y pecadores³⁰, algo completamente gratuito que no podíamos esperar ni teníamos méritos al respecto. Nos hallamos ante el paradigma insuperable del diálogo divino-humano: la suprema autocomunicación de Dios y suprema respuesta humana. Este portentoso milagro ha sido posible sólo y gracias al Espíritu en el cual se universaliza la obra reconciliadora mediante la Iglesia.

²⁴ Mt 6, 43.

²⁵ Mc 8, 2-9.

²⁶ Mc 5, 19.

²⁷ Mc 16, 15.

²⁸ 1 Jn 4, 8; 2 Cor 1, 3.

²⁹ 1 Tim 2, 4.

³⁰ Rom 5, 6-11; 8, 35.39; 2 Cor 5, 14-21.



La verdad de los sacerdotes: ministros de la misericordia de Dios

La verdad del hombre está en que es un pecador perdonado. ¿Cómo es posible que el hombre rechace la autocomunicación divina, siendo esta lo único que podría salvarle? El hombre al que Dios gratuitamente decide autodonarse es un hombre pecador. Pero la obra misericordiosa de Dios ha sido instaurada por, en lugar y a favor del hombre. Sólo Dios puede perdonar los pecados (acción divina), y lo ha hecho con la encarnación, pasión, muerte y resurrección de su Hijo.

En el hombre está la reacción humana a esa gesta divina. Gracias a Cristo, el mundo y el hombre está agraciado, salvado, redimido³¹, liberado de toda angustia, perdonado, reconciliado; la salvación es un hecho misericordioso que ha sido implantado de forma definitiva. La meta está fijada: el hombre no es sólo misericordiosamente redimible, sino que lo está objetivamente de hecho por el acontecimiento Cristo. Y esta gracia es sacramentalmente actualizada por los ministros investidos del Espíritu³², administradores de los divinos misterios³³.

Los sacerdotes reciben de Cristo la función de anunciar, transmitir celebrar y testimoniar la misericordia de Dios obrada una vez para siempre³⁴ por medio de la reconciliación. Este único perdón se actualiza para cada hombre cuantas veces fuere necesario. Cristo ha conferido a sus ministros el «misterio de la reconciliación», lo ejercen de su parte y con autoridad; han sido constituidos agentes y heraldos para anunciar, y de igual forma para realizar, la obra de la salvación mediante el sacrificio y los sacramentos³⁵. La reconciliación como obra de misericordia divina se presenta entre nosotros por medio de la Iglesia y sus ministros.

II. CÓMO PROMOVER LA MISERICORDIA

En los sacerdotes: vida y ministerio

El sacerdote, por el sacramento que se le ha conferido, recibe de Cristo la capacitación que lo pone en condiciones de hacer las veces de Él y de remitir a Él como representante sacramental. Partiendo de esta concepción del presbítero como signo-sacramento que representa y personifica a Cristo, Cabeza y Pastor,

31 *Rom* 3, 24; *1 Cor* 1, 30; *Ef* 1, 7; *Col* 1, 14; *Heb* 9, 15.

32 *Jn* 20, 21-23.

33 *1 Cor* 4, 1.

34 *Heb* 10, 10; 9, 28.

35 *Sacrosanctum Concilium*, 6.

sitúa la caridad pastoral en el centro, como valor unificador del ser y del hacer del pastor. De ella se derivan valores de gran interés que lo hacen ser testigo de la misericordia de Dios y promoverla mediante:

- La donación total de sí mismo y el servicio desinteresado a los demás como fin primero, cultivando con esmero las relaciones interpersonales, sin arrogancias ni polémicas, sino con afabilidad, hospitalidad y sinceridad; con sensibilidad humana y ternura de corazón³⁶.
- La opción preferencial por los más pequeños, los más pobres, defendiendo los derechos y la dignidad del hombre, manifestando el amor misericordioso por los pecadores, creando un ambiente donde se viva el amor fraterno, dialogando con todos y buscando la justicia y la paz³⁷.
- La colaboración y el sentido comunitario, como guía y animador de la comunidad eclesial: con el obispo, con el presbiterio (fraternidad presbiteral), con los laicos; capaz de coordinar los dones y carismas de la comunidad, con amor a la propia Iglesia y a la comunión misionera³⁸.

Esta triple armonía en la concepción del servicio pastoral como ejercicio de la misericordia que el sacerdote ejerce y manifiesta nos proporciona un marco de referencia bastante aproximado a lo que es la vocación sacerdotal. Toca ahora especificar cada uno de los elementos o medios³⁹ que son manifestación externa de la existencia de esa vocación a la que Dios le llama, a saber:

- Anunciando la buena noticia del Evangelio a los hombres; de esta forma, él mismo se sentirá liberado por la Palabra de Dios.
- Celebrando los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, realiza el misterio pascual redentor de Cristo.
- Ejerciendo el servicio de la caridad, *amoris officium* al estilo de Jesús, él mismo vive la caridad y misericordia del Buen Pastor, y se va recreando en el corazón misericordioso y sanador del buen samaritano.
- Celebrando y presidiendo la paz y reconciliación de los hombres en la vida y en el sacramento. De esta forma él mismo se llena de amor, misericordia y paz.

36 Cf. *Pastores dabo vobis*, 21-22. 43-44. 52 y 72.

37 Cf. *Pastores dabo vobis*, 18. 46 y 49.

38 Cf. *Pastores dabo vobis*, 26.

39 ŻENON GROCHOLEWSKI, «Dimensión central de la formación sacerdotal», *Revista Seminarios* 189-190 (2008).





- Viviendo la formación permanente como fidelidad al ministerio sacerdotal y como proceso de continua conversión, así logrará la centralidad y el equilibrio de vida y ministerio, capacitado para enseñar, dirigir, acompañar, reconciliar, dar vida y santificar a todas las personas encomendadas a su cuidado y ministerio.

En los seminarios: formación sacerdotal

Esta cualidad específica sacerdotal a la que nos venimos refiriendo a lo largo de todo este trabajo, la misericordia divina que el sacerdote ha de vivir y ejercer, se sitúa como trasfondo de la formación en el seminario, y debe orientar las opciones pedagógicas que se van asumiendo en cada una de las áreas formativas. Los futuros candidatos al sacerdocio han de conocer las obligaciones y actitudes inherentes al ministerio, de tal manera que puedan ir seleccionando e intensificando aquellos valores y actitudes que configuran el perfil vocacional sacerdotal y lo encarnen.

Nuestro propósito desde el principio ha sido destacar cómo el valor y virtud de la misericordia son fundamento necesario de toda la formación sacerdotal; el seminarista candidato al sacerdocio debe primeramente reconocer la misericordia que Dios ha tenido con él a la hora de ofrecerle el don vocacional (elección) y debe vivirlo con un compromiso libremente asumido y ardientemente deseado (respuesta vital). Seguidamente, el seminario y la labor del equipo de formadores atenderán las cualidades presentes en la naturaleza humana del seminarista, fundamento real de la vocación, para construir la formación sacerdotal.

Todas las dimensiones o áreas formativas que el Seminario ofrece están llamadas a promover la misericordia, pues todas están integradas entre sí y crecen a la vez, todas dependen interiormente unas de otras⁴⁰; a saber:

- La formación humana, fundamento de toda la formación sacerdotal, posibilita un itinerario de madurez de la personalidad que ha de orientarse hacia la formación del pastor⁴¹.
- La formación espiritual busca cómo estrechar la relación del futuro sacerdote con Cristo; por tanto, el seminario ha de ofrecer una educación en las virtudes.
- La formación intelectual tiene por objeto cimentar la propia fe y adiestrar a los seminaristas para anunciarla a los hombres de hoy; no basta por tanto una capacidad suficiente para realizar los estudios, importan también otras cualidades

40 SAN JOSÉ PRISCO, J., *Elementos humanos del discernimiento vocacional y actuaciones formativas en el seminario, en madurez humana y camino vocacional*, Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades, Madrid 2002. 29-47.

41 PDV 43-45.



y virtudes humanas esenciales (creatividad, racionalidad crítica y constructiva, inteligencia práctica o sentido común...).

- La formación pastoral, orientada desde el triple *munus* de enseñar, santificar y regir; esta forma de ser y hacer dependerá en gran medida de las aptitudes prácticas del sujeto para acompañar y servir al pueblo de Dios, de la capacidad de los candidatos para comprometerse en una vida y comportamiento pastoral que se desarrolla en múltiples relaciones humana en la Iglesia y en la sociedad.
- La formación comunitaria tiene repercusiones importantes en el modo de promover y vivir la misericordia durante tiempo de estancia en el seminario, dado que influye en la forma determinada de vivir la disciplina, educa a los alumnos en la libertad interior y sencillez de vida, les ayuda a entender adecuadamente la obediencia, se ejercitan las relaciones entre los compañeros y el reparto de responsabilidades en previsión a la futura pertenencia a la vida y fraternidad presbital.

El Plan de Formación Sacerdotal para los Seminarios Mayores, de la Conferencia Episcopal Española⁴², establece los medios necesarios y más propios para alcanzar los objetivos que se describen en cada una de las dimensiones de la formación que se da en los seminarios. Algunos de estos medios concretan aún más las actitudes de misericordia que se han de dar en los futuros sacerdotes, por ejemplo:

- Elaborando el propio proyecto personal de vida como decisión personal por descubrir la vocación; este proyecto permite hacer un análisis de la vida, bajar a los detalles concretos y formular retos u objetivos.
- Aceptando la mediación de un acompañante; se refleja en el compromiso de una dirección espiritual⁴³. No hay vida cristiana si no se llega a la concreción de un estilo definido de vida; y no hay dirección espiritual si uno no se deja acompañar en los vericuetos de la vida de seminarista. La dirección espiritual ayuda a concretar lo que será la estructuración de la persona del presbítero desde el sacerdocio (identidad-misión), su relación con Cristo, la eclesialidad, la caridad pastoral (amor misericordioso de servicio a los demás), y la afectividad.
- Comprometiéndose a la praxis de un proyecto de vida comunitario; es la forma más inmediata de practicar la misericordia con aquellos que conviven diaria-

42 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Formación para el Ministerio Presbital-Plan de Formación Sacerdotal para los Seminario Mayores*, Madrid 1996.

43 *Pastores dabo vobis*, 50.



mente con el seminarista, compañeros y formadores. Aspectos como la obediencia, la disciplina, la encomienda de oficios y responsabilidades, el cumplimiento del horario, los encuentros comunitarios, el deporte, los momentos lúdicos y de convivencia... contribuyen a desarrollar virtudes tan fundamentales para un futuro presbítero como son la humildad, la sencillez y la corrección fraterna. Realizadas con cariño son fuente de unidad, de paz.

- Celebrando frecuentemente el sacramento de la Penitencia; el día de mañana el seminarista será «ministro de la reconciliación», pero desde esta etapa formativa en el seminario él mismo ha de vivir esta reconciliación, experiencia de ser pecador perdonado. Esto es algo concreto, no ideológico: para el mismo seminarista se objetiva en el ignaciano «todo mi haber y poseer».

En la pastoral vocacional: experiencias de misericordia

La misericordia entendida como el servicio a la caridad es una de las funciones más típicas de la comunidad eclesial. Consiste en vivir la experiencia de Cristo en el vértigo supremo del servicio⁴⁴.

En la Iglesia primitiva esta lección fue muy pronto aprendida y apareció como característica en las estructuras de las primeras comunidades cristianas, hasta el punto de que se instituyen los diáconos precisamente para el servicio de las mesas.

Todo creyente vive por gracia el don inmenso de la experiencia de la misericordia de Dios en Cristo; está llamado a ser testigo y agente de este hecho que se logra con el perdón y el amor, con la donación de sí mismo y el servicio a ejemplo de Cristo Siervo. Es la práctica de la misericordia, como esa forma de vivir la caridad y el amor, cuyas maneras de ejercitarse no tienen límite. Y podría ser igualmente un itinerario vocacional para discernir la propia vocación, porque la experiencia de servicio es experiencia de gran humanidad y misericordia, que lleva a conocerse mejor a sí mismo y la dignidad de los otros, así como la belleza de dedicarse a los otros.

La animación vocacional del posconcilio ha pasado gradualmente de la pastoral de la propaganda a la pastoral del servicio, en especial con los más necesitados: reproducir y tener los mismos sentimientos de Cristo para con los enfermos, pecadores, pobres y necesitados de misericordia. Y en estas experiencias muchos jóvenes han encontrado a Dios y así mismos. Las situaciones de necesidad son llamadas; Dios llama desde las necesidades para pedir respuestas concretas⁴⁵.

⁴⁴ Mt 20, 26; Mc 9, 35.

⁴⁵ Ex 3, 1-10, 17; 6, 2-13; 17, 1-15; Nm 12, 14.



En el sacramento de la Penitencia: la verdad del Amor

El broche final lo hallamos en la experiencia del Cura de Ars, san Juan María Vianney. «El Cura de Ars consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de mucha personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor. Urge también en nuestro tiempo un anuncio y un testimonio similar de la verdad del amor⁴⁶. A veces se agitaba interiormente porque no se sentía a la altura, hasta el punto de pensar muchas veces en abandonar las responsabilidades del ministerio parroquial para el que se sentía indigno. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto, porque lo consumía el celo apostólico por la salvación de las almas. Se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa: “la mayor desgracia para nosotros los párrocos –deploraba el Santo– es que el alma se endurezca”; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas ovejas.

Los sacerdotes podemos aprender del santo Cura de Ars no sólo una confianza infinita en el sacramento de la Penitencia, que nos impulse a ponerlo en el centro de nuestras preocupaciones pastorales, sino también el método del “diálogo de salvación” que en él se debe entablar. El Cura de Ars se comportaba de manera diferente con cada penitente. Quien se acercaba a su confesonario con una necesidad profunda y humilde del perdón de Dios encontraba en él palabras de ánimo para sumergirse en el “torrente de la divina misericordia” que arrastra todo con su fuerza»⁴⁷.

⁴⁶ 1 Jn 4, 8.

⁴⁷ BENEDICTO XVI, Carta para la convocación de un Año Sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del *dies natalis* de Juan María Vianney (16 de junio de 2009).